

ANTIFONA DEL OTOÑO
EN EL VALLE DEL BIERZO
De *Juan Carlos Mestre*
Premio Adonais
Ediciones Rialp, S.A., Madrid, 1986

Con este libro Juan Carlos Mestre ha obtenido el premio literario "más importante y prestigioso" otorgado en España a jóvenes poetas, generalmente inéditos. El Premio Adonais lo concede anualmente la Editorial Rialp. Su valor económico es simbólico, ya que consiste solamente en quince mil pesetas y una estatuilla de Venancio Blanco. Lo que interesa es la consagración del poeta galardonado y la edición del libro. Este premio fue instituido en 1943. El correspondiente a 1985 lo ganó Mestre entre 323 postulantes; 75 de los poemarios estaban firmados por mujeres y 10 procedían de América del Norte y del Sur.

El jurado que premió su obra la consideró "una muestra de la actual corriente neorromántica, superadora de anteriores tendencias surrealistas". El poeta leonés nació en 1967 en Villafranca del Bierzo, es licenciado en Ciencias de la Información en la Universidad Autónoma de Barcelona.

Los poemas de *Antífona del otoño* están dominados por la nostalgia, la melancolía y el recuerdo de la ciudad de provincia con tiendas de ultramarinos y ángeles que cruzan el cielo en bicicleta. El interés de estos textos no se agota, sin embargo, en la recuperación imaginaria del espacio perdido de la infancia o en la fundación del mito personal del lugar del origen como lugar donde el *corazón* del poeta supo "el don de la palabra y las alondras". Su valor reside sobre todo en la construcción de una metáfora del extranjero, del pródigo, del perdido. Mestre no es el único que recuerda la patria lejana en *Antífona del otoño*. También lo hace el abuelo "lánguido de ojos" en *Retrato de familia*, el emigrante humilde que muere soñando con el regreso en *Poema del lejano* o el hombre que espera escuchar su corazón silbando por el valle de la infancia en *El pródigo*. Todas estas historias tristes como "un mar que nadie ha descubierto" muestran que la nostalgia del lugar de origen no es atributo de Narciso sino del Extranjero que "vive sin corazón en lo lejano".

El espacio de la infancia convertido en mito es generalmente el lugar en que se encuentra lo que no cambia. Luis Cernuda dice, por ejemplo, que cuando su niñez terminó *cayó* en el mundo donde la gente muere y las cosas se arruinan por doquier. Mestre se encuentra, por el contrario, con la danza de la muerte. El recuerdo de Villafranca es como el recuerdo de una madre muerta; el poeta nació entre las rosas que han muerto y el mustio follaje de los jardines de un sueño; las doncellas son 'lastimadas' por el "hermoso hielo de la muerte" y la parca posa su 'corazón' en los dinteles de la ciudad. La poesía que canta el origen del poeta se convierte así en la poesía que recuerda el destino del hombre.

En *La Visita de Safo*, publicado en 1983, Mestre celebra la atracción apasionada de los cuerpos, el goce de los sentidos, la fuerza del deseo, el "mito salvaje de morir en festejo". Su *Antífona* (del griego *antiphonos*, *e*, *on*, 'el que responde') es en un sentido el

contrapunto o antífona de su poesía que exalta la luz de los sentidos. Los cuerpos que se consumen en los sepulcros contrastan con los cuerpos que hierven de deseo entre la hierba; la melancolía del otoño, con los festejos del verano; el éxtasis y arrobo de María de Toledo, con el amante "tan profano" que saluda a Dios sin oraciones. El hombre es 'cuerpo', dice esta nueva poesía, pero cuerpo que se pulveriza, belleza que encuentra su verdad en el sepulcro. Esta verdad no impide afirmar, sin embargo, que la escritura de Juan Carlos Mestre es una hermosa exaltación de la *presencia amada*, de lo que Octavio Paz llama "la figura humana, radiante e irradiante de símbolos".

Una muestra de su poesía se puede apreciar en *Poema del lejano*, que transcribimos a continuación.

POEMA DEL LEJANO

El que desterrado por la pobreza
vive sin corazón en lo lejano,
y a nada atiende como suyo
y es lóbrego y cansado bajo el cielo.
El que sale vencido de su casa
y lo arrastra la gente en su murmullo
y transcurre vacío por la calle
y se sienta delante de una máquina.
El doloroso de razón frente a la vida
que muere en la esperanza y no regresa.
A este que nadie ha despedido
y toma el tren un día hacia la aurora.
Nadie lo sabrá, su historia es triste
como un mar que nadie ha descubierto.
No ha querido mirar la primavera,
trabaja por volver, brotar un día
como el árbol florecido que en su huerto
daba sombra y destino a la mañana.
Pensaréis que el cielo habrá de perdonarlo,
pensaréis que el amor,
ciudad y pájaros y torres
sonará de nuevo campanas en sus ojos.
Pero él, que perdido en lo lejano
fue escombro de alameda, ha muerto.
No lo lloréis,
junto a aquel leño oscuro
brotaba un manantial honrado.

Dr. GILBERTO TRIVIÑOS
Departamento de Español
Universidad de Concepción, Chile